

EL PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO

José Antonio Morales Erhlich

Actualmente sólo cuentan tres fuerzas, el FMLN, las fuerzas democráticas y el PDC, que las encabeza, y la derecha. La Fuerza Armada se ha venido institucionalizando cada vez más desde 1980; ahora sigue la línea política indicada por el gobierno civil. El FMLN es la única fuerza que se encuentra alzada en armas, pero cada vez está más lejano el día de su victoria militar. Utiliza la fuerza militar para tener una posición fuerte en la negociación. En la negociación está tratando de conseguir un respiro para continuar con su esquema de lucha por el poder político para derivar en un socialismo de Estado. Las derechas, por su parte, han entrado a regañadientes en el juego electoral, tratando de usarlo para obtener poder; al mismo tiempo han estado jugando al golpe de Estado con el mismo fin de obtener el poder y tratar de volver a lo de antes. Es decir, quieren volver a un esquema fundamentado en el individualismo liberal, posiblemente con una nueva dictadura militar; es el esquema latinoamericano que todos conocemos.

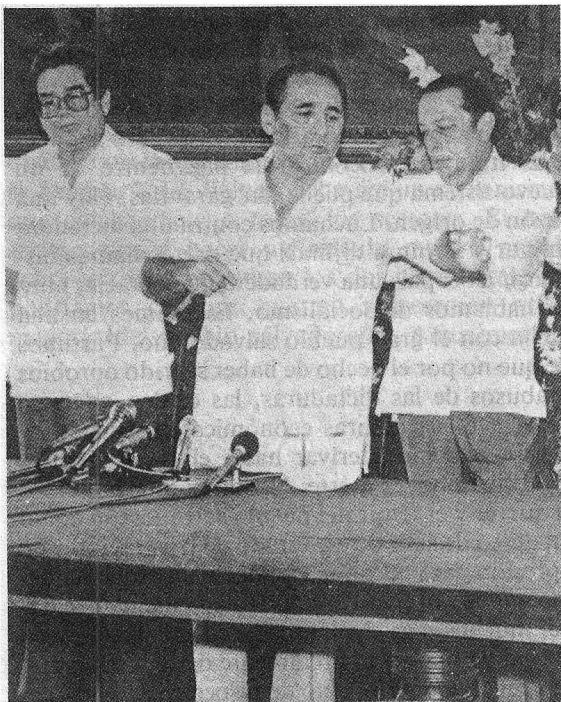
En el centro de estas dos fuerzas está el Partido Demócrata Cristiano, como partido de gobierno. El PDC está tratando de aglutinar a la mayor cantidad de fuerzas posibles para impulsar un esquema comunitario, pero democrático. Así no está definido, en estos momentos, quién va a imponer su proyecto político. Nosotros creemos que, pese a la cerrada oposición de ambas

corrientes extremas, la democracia cristiana está avanzando hacia la consecución de un nuevo orden social. En este camino tenemos que encontrarnos y dialogar.

El diálogo, a nuestro juicio, debe ir orientado a la incorporación de todas las corrientes en un sistema democrático distinto al que hemos conocido, e incluso distinto al actual. Nadie se va a incorporar a un sistema contra el cual se levantó en armas por considerarlo injusto. Pero sí podemos tratar de encontrar la paz dentro de un nuevo sistema que pueda dar garantías. Hay una razón de origen. Luchamos contra una dictadura militar y siempre dijimos que pretendíamos instaurar en el país una verdadera democracia; nunca hablamos de socialismo. Estábamos en una lucha con el gran pueblo salvadoreño. Partimos de que no por el hecho de haber sufrido oprobios y abusos de las dictaduras, las cuales, además, generaron estructuras económicas y sociales injustas, debemos derivar hacia el socialismo, ni podemos obligar a éste. Nosotros interpretamos el querer y el sentir del pueblo salvadoreño como un deseo de salir de ese estado de frustración y de opresión para encaminarse hacia un esquema democrático, en el cual, indudablemente, deben haber muchos más elementos de socialización, y en el cual ya no se trata realmente de ser más o menos revolucionario, sino de respetar las reglas del juego que permitan el trabajo por la democracia.

El diálogo, por lo tanto, es un mecanismo y un proceso de pláticas para llegar a una negociación. No es la negociación misma. Se debe hablar y platicar, para después concluir en una negociación; podría ser la negociación de la paz, y no sólo de la paz. Se está cometiendo el error de creer que en las conversaciones tenidas y que se tengan va a ocurrir el milagro de la paz. Sin embargo, el diálogo nos puede llevar a comprender el fenómeno salvadoreño y a la conclusión de que sí podemos caminar unidos. Dentro del proyecto de la nueva sociedad de la democracia cristiana se incluye una mayor humanización y un mayor respeto a los derechos humanos. Estos pasos no se dan ni por milagros ni por leyes, sino que son procesos en la vida de los pueblos; en ellos hay que medir los avances y los resultados. En la garantía de la integridad personal del pueblo salvadoreño ha habido un avance realmente positivo. Claro, siempre hay dos posiciones que distorsionan y desestabilizan; y no podemos esperar otra cosa de ellas. Y, sin embargo, estamos avanzando.

La lucha por la justicia social debe continuar para llegar a un nivel de aceptación general que permita el reencuentro de los salvadoreños. El presidente Duarte ya lo ha dicho, si llegamos a demostrar la disposición de encontrar una salida



pacífica, luego, de ahí en adelante hay mucho que hablar. El modelo social actual no es justo ni es lo que queremos. No lo quiere nadie en el país. Queremos algo mucho más perfecto y renovado, en lo cual tienen que participar las distintas corrientes. Parte de la tragedia salvadoreña es querer cosas mejores, pero actuar impidiendo su realización. Así podemos generar problemas aún mayores. En conclusión, se necesita una decisión para tratar de encontrar la paz y empezar luego a buscarla.

Si hablamos de mayor respeto a los derechos de la persona; si hablamos de apertura política para garantizar la participación de todos; si queremos mayor justicia social; si queremos toda clase de controles para realizar lo anterior; si queremos que los organismos internacionales actúen garantizando estos avances; si queremos reformas estructurales para cambiar y profundizar más la reforma agraria para romper verdaderamente con el esquema oligárquico agro-exportador; si queremos redistribuir la tierra y el ingreso; si queremos profundizar la reforma bancaria, el comercio exterior; si queremos una reforma judicial; si hacemos realidad la reforma municipal, descentralizando el poder y fortaleciendo al ciudadano; si queremos fortalecer la participación popular en el proceso de tomar decisiones; si entramos a fondo en la reforma administrativa y en la educativa, etc., creo que en este camino hay lugar para el encuentro y el diálogo. Así lo ve el Partido Demócrata Cristiano. Por eso creer que en una mesa de negociaciones va a salir la paz el 19 de septiembre, si es que se llegan a sentar en esa mesa, no es lógico, ni nadie lo está esperando; a no ser que haya gente generando expectativas y que incluso provoque una frustración más.

En los 5 años recién pasados, las distintas fuerzas se han configurado en el panorama salvadoreño. No hay duda que en este momento el FMLN tiene menos fuerza que la que tenía antes, tanto a nivel militar como a nivel político ha perdido mucho respaldo popular y ha disminuido su capacidad bélica. Esto se traduce y se manifiesta en las deserciones. Las tres fuerzas caminan paralelas. Si logramos mejores esquemas de participación, mayor respeto a la persona y a sus derechos, mayor profundización de las reformas, mayor distribución de la riqueza, etc., las otras fuerzas tenderán a subir o a bajar. Es evidente, que el FMLN está declinando, militar y políticamente. Lastimosamente ello podría dar lu-

El diálogo es para que la familia salvadoreña se reencuentre alrededor de un esquema democrático auténtico, es decir, no dentro de un socialismo estatal, ni dentro de los principios oligárquicos.

gar a mediano plazo a una victoria militar, la cual no es querida ni por el gobierno ni por el PDC porque una salida militar es menos manejable que una salida política.

Nosotros queremos que se vaya profundizando el esquema de diálogo para poder hablar y así encontrar la decisión de la paz y de todos los otros aspectos mencionados antes. El FMLN debería abandonar la vía armada y, en vez de dirigirse hacia el socialismo reorientarse hacia esquemas democráticos. Esta decisión no la ha tomado el FMLN. Es decir, el FMLN no ha tomado la decisión de hacer la paz dentro de un sistema democrático, en lo cual se encuentra empeñada la mayoría del pueblo salvadoreño.

Por eso el diálogo puede ser una estrategia importante, pero no la principal; puede tener elementos tácticos y servir para varias cosas, pero no está realmente orientado a la búsqueda de la paz. El PDC sí ha tomado, en cambio, la decisión de hacer la paz alrededor de un esquema de apertura, de democratización, de pluralismo, de renovación, de actuar garantizadamente, de obtener el respaldo popular y de obtener el poder dado por ese mismo respaldo. El destino de El Salvador debe orientarse respetando estas reglas. Las mismas reglas que se encuentran en la constitución, la cual con todo y sus defectos, es una expresión del pueblo salvadoreño.

El diálogo tiene que ser serio y múltiple. Estamos convencidos que el pueblo salvadoreño realmente quiere diálogo. Son innumerables los sondeos de opinión que se han hecho y en ellos el pueblo salvadoreño se expresa tranquilamente diciendo que sí quiere el diálogo. Quienes no lo quieren son las minorías recalcitrantes. Así, no están por el diálogo ni la extrema derecha ni la extrema izquierda. El mismo pueblo que quiere el diálogo, quiere la paz; pero la quiere dentro de un esquema democrático, del cual han oído hablar y han participado. El pueblo ha visto cómo ese esquema democrático ha sido distorsionado y caricaturizado en el pasado, pero creen en él. Desde esta perspectiva hay que preguntarse el para qué del diálogo. Ciertamente, no para volver a las dictaduras del pasado. Eso es imposible y el pueblo no lo quiere. Tampoco queremos el

diálogo para evolucionar hacia un esquema de socialismo estatal. El diálogo es para que la familia salvadoreña se reencuentre alrededor de un esquema democrático auténtico, en el cual las fuerzas políticas puedan actuar y dentro de esas reglas de juego puedan conseguir el respaldo total o la cuota de respaldo según lo que el pueblo quiera. En el diálogo estarían comprendidos los mecanismos para garantizar dicho esquema. Pero no en el sentido de una negociación, tal como se ha planteado. En una negociación no se dan garantías, aparte de que algunas de las fuerzas no han dado muestras de querer estar dispuestas al diálogo. El hecho de tener un arma en la mano no da la razón. Precisamente ahí es donde se debe ir a buscar la opinión popular y avanzar así hacia la paz.

En conclusión, el PDC, siempre va a defender el diálogo porque cree que es un instrumento que puede evitar dolor y sangre, que puede servir para el reencuentro de la familia salvadoreña y para trabajar juntos en la construcción de una nueva sociedad. Una nueva sociedad que no es patrimonio nuestro ni de nadie porque desde el momento que hemos dicho que es democrática y pluralista será la síntesis de todas las corrientes que participen en ella. Siempre estaremos abiertos a dialogar para tratar de llegar al encuentro común de todos. No estamos de acuerdo en agotar las instancias de diálogo ni estamos de acuerdo en desprestigiar a los mediadores porque eso nos puede arruinar. La salida militar no es la más aconsejable por el saldo de dolor y muerte que puede tener y porque puede dar lugar a que fuerzas extrañas arruinen el proceso de democratización que ya cuesta mucho echar a andar. Al darse un triunfo militar ese proceso democrático puede deteriorarse y distorsionarse completamente. Estamos por la vía del diálogo para encontrar la democracia. Un diálogo que es a largo plazo. Nosotros estamos presionando para que se abandone la línea hacia el socialismo y estamos favoreciendo una auténtica democracia. Con lo cual estamos presionando para abandonar las dictaduras de derecha. Los de derecha, como salvadoreños también, deben incorporarse al proceso y deben defender sus posiciones dentro de las reglas del juego de la auténtica democracia.

Quiero terminar recordando la propuesta del presidente Duarte: dialoguemos en privado para hacer públicos los logros, pero no dialoguemos en público para exhibir los defectos o las contradicciones. Creo que la paz va a venir y que el diálogo privado debe continuar. Tiene que llegar el momento en el cual haya más racionalidad y así poder perfeccionar nuestra sociedad y, en consecuencia, encontrar un estado de paz permanente y no artificial.